

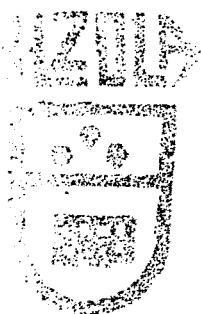
J. Cuerdo González.

Balmes

Conferencia radiada por "Inter-Radio Las Palmas"
con motivo del 126 aniversario de su nacimiento.

FONDO
José Miguel
Alzola

J. Cuerdo González.



Balmes

*A mi buen amigo, J. Cuerdo González
Jose M. Abate en nombre de todos
M. Andújar*

Conferencia radiada por "InterRadio Las Palmas"
con motivo del 126 aniversario de su nacimiento.

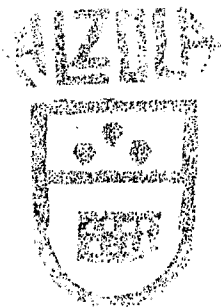
783439

Es propiedad del autor.

Visado por la censura militar.

A los mártires de la "Escuela Balmes"

J. Cuervo González.



Prólogo
de
Ignacia de Lara

Al Correr de la Pluma.

Hoy ha llamado la amistad con toda urgencia a la puerta de mis aficiones literarias. Con tanta prisa, que no he tenido tiempo para razonar una excusa, declinando la deferencia que se me hace y la responsabilidad que contraigo. Y tengo que escribir estas cuartillas con la rapidez y la casi impremeditación con con que se escriben muchas cartas.

Amigo Cuervo: No hay derecho. Voy a dejarle mal. Es decir, la que quedará mal seré yo, porque su conferencia, madurada a soles de erudición y meditación, hará siempre un excelente papel cultural, pese a ser yo la que hago la presentación de sus credenciales, que cualquier otro habría hecho con mayor galanura y con mayor maestría. Sobre todo, no quería perjudicarlo, siendo madrina de su conferencia sobre Balmes. Porque yo soy muy poco afortunada. Ahora que... no tuve valor o habilidad para esquivar el ruego y, además, amistad obliga.

Su conferencia me ha parecido, entre la riqueza documental que la engalana, un serio y logrado empeño, que tal vez las circunstancias hayan empaldecido.

El resplandor de los incendios y el trágico fogonazo de los disparos desgraciadamente han de velar ahora asaltando la fantasía de la luz grave de los hachones. Y eso me parece fué Balmes: un hachón encendido en la severa luz de su «Criterio» y en el conjunto de toda su filosofía entre luces vivas y decadentes del siglo XIX.

Aunque muchas de aquellas claridades, de un próximo ayer, parpdeen o se hayan extinguido, en el vaivén de los días, la iluminación del gran filósofo es perdurable como una estrella fi-

ja. Un astro radiante en el cielo católico. La virtud sin intermitencias de su espíritu, recibía plenamente la luz del foco de las eternas claridades y su claro talento la irradiaba. Por eso, aunque el trazado de los tiempos no se ajuste siempre al tipo de sus teorías, en lo que éstas se refieren a cosas humanas, queda en todo momento a salvo y alto relieve, cuanto hay en ellas de trascendencia perdurable.

La filosofía de Balmes tiene la particularidad—a mi me lo parece—de poderse leer sin precisar para comprenderla íntimas abstracciones, ni grandes esfuerzos mentales. Es clara, llana, ancha robusta, sincera y cordial. No fatiga el cerebro y enseña deleitando, con ágil virilidad y humana simpatía. En ello, y en la intachable limpieza del alma, oculta tras su propia transparencia, estriba su categórica fuerza moral.

Aunque lo personalismo a nadie interesa—cuando la personalidad no vale la pena—de mí puedo decir, ciertamente, que acaso, y sin acaso, a su obra de grande renombre «El Criterio» leída letra a letra, cuando mis lecturas empezaban, debo los fundamentos de mi modo de reflexión. Queriendo o sin querer, a sus principios se me ajustan las ideas, particularmente al enjuiciar el alma y los actos de los demás, concretando todo ello en la fórmula o síntesis de un pensamiento que adopté casi por lema, años más tarde: «Saberlo todo, acaso fuera perdonarlo todo».

Sintiendo así a Balmes—yo no digo que comprendiéndole, porque puede ser mucho decir—vea si me resultará interesante su trabajo con matiz académico, compuesto con verdadero amor al filósofo en sus obras, y avalado con citas de competencia indiscutible.

A Vd., amigo Cuervo González, al autor de esta conferencia, no sé si hablo con Vd. o con el público, le agradan mucho esta clase de trabajos, de disciplina intelectual, reveladoras de un es-

píritu estudioso, que quiere abstraerse a lo que nos llama fuera de nosotros mismos, devoto de entrafñarse en temas hondos que no es frecuente ni mucho menos, en las vidas que andar. Abrir es decir que van en Primavera.

Por ellos, se le hará maduro el saber, enraizadas las creencias, ecuánime el juicio, e irá al futuro sabiendo del pasado, que en suma es lo que importa. Ir adelante, siempre adelante, en sentido social y español, es decir, de cara al mañana, volviendo la vista al ayer, algo así «como la seda de una bandera llevada contra el viento»

Vale cuanto vale, una labor de contralación y biblioteca, cuidada y pulida con amorosa afición, en la era moderna, en que el delirio abre todas sus compuertas y son la mayoría de las aspiraciones, debilitadoras y endebles.

Por todo ello, es mi deseo avance hacia las insospechadas perspectivas del porvenir con un certero ímpetu henchido de ferros, por el árduo escalafón del éxito. Con esa literatura severa, llena de dios, entre tanta literatura llena de Dioses.

IGNACIA DE LARA

25-9-36

Introducción.

«Con Balmes no hay miedo de extraviarse porque tiene en grado eminente el don de la precisión y de la seguridad.

Menéndez y Pelayo.

«LA PERSONALIDAD DE BALMES, HA ESCRITO EL PROFESOR ZARAGÜETA, SE DESTACA CON TRAZOS GIGANTESCOS EN EL HORIZONTE CONTEMPORÁNEO DE NUESTRA PATRIA». BALMES, A PESAR DE HABER VIVIDO TAN BREVE TIEMPO, HA LOGRADO CONOCER A FONDO LA PSICOLOGÍA DE NUESTRO PUEBLO. POR ESO LA OBRA GRANDIOSA DE BALMES ES DE MUY PERENNE ACTUALIDAD.

ESCRITORES INSIGNES HAN PRESTIGIADO EXTRAORDINARIAMENTE A NUESTRO AUTOR. DONOSO CORTÉS, VÁZQUEZ DE MELLA, MENÉNDEZ Y PELAYO HAN TRIBUTADO AL ILUSTRE FILÓSOFO CATALÁN LOS HONORES DEBIDOS. DONOSO SEÑALA EN BALMES «LA RIQUEZA DE SU ARSENAL Y LA ABUNDANCIA DE SUS ARMAS»; MENÉNDEZ Y PELAYO HA DICHO ROTUNDAMENTE QUE «CON BALMES NO HAY MIEDO DE EXTRAVIARSE, PORQUE TIENE EN GRADO EMINENTE EL DON DE LA PRECISIÓN Y DE LA SEGURIDAD.» BALMES ESTÁ SIENDO, AHORA, COMPRENDIDO. MENÉNDEZ Y PELAYO, NUESTRO GRAN POLÍGRAFO, HA COMENZADO LA REIVINDICACIÓN BALMESIANA. MAEZTU, ZARAGÜETA, MINGÜIJÓN, UGARTE Y GÓMEZ IZQUIERDO HAN CONTINUADO LA LABOR REIVINDICADORA DEL GRAN MAESTRO SANTANDERINO. HASTA EN LAS UNIVERSIDADES E INSTITUTOS SE HABLA HOY DE BALMES. LA JUVENTUD ESTUDIOSA ACUDIMOS A BALMES Y NOS COMPENETRAMOS CON ÉL. CON NUESTRO FILÓSOFO NO HAY MIEDO DE PERDERSE.

NO FALTA, SIN EMBARGO, QUIEN SEÑALE ERRORES A LA OBRA INTELECTUAL DE BALMES; COMO TAMPOCO HA FALTADO QUIEN ALCE SU VOZ PARA RIDICULIZAR A MENÉNDEZ Y PELAYO. UNAMUNO Y AMÉRICO DE CASTRO HAN SIDO LOS ENCARGADOS PARA REALIZAR ESTA LABOR. EL PRIMERO, EL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA, EN SU CREACIÓN: «ESTO Y AQUELLO»

TILDA LA FILOSOFÍA BALMESIANA «OBRA DEL SENTIDO COMÚN»; EL SEGUNDO, REFIRIÉNDOSE A MENÉNDEZ Y PELAYO, HA ESCRITO: «POR SU TONO APOLOGÉTICO Y SUPERFICIAL, POR CARECER DE LA PONDERADA COMPARACIÓN CON LA CIENCIA COETÁNEA DE OTROS PAÍSES Y POR SUS PREJUICIOS POLÍTICOS—RELIGIOSOS, NO DIÓ TODO EL FRUTO QUE PUDO DAR.» ¡BALMES TILDADO FILÓSOFO DEL SENTIDO COMÚN! EL PROFESOR MINGÜJÓN, CUYO PENSAMIENTO PARECE EL DE UN BALMES MÁS PERFILADO, SEGÚN FRASES ACERTADAS DEL INSIGNE BALMISTA JOSÉ CORTS, HA ESCRITO: «DE NINGÚN PENSADOR POLÍTICO PODRÁ TAL VEZ DECIRSE COMO DE BALMES QUE ES SENTIDO COMÚN A ALTA PRESIÓN; PERO ADEMÁS ES UN SENTIDO COMÚN RICO EN ARMONÍAS, CON UNA ESPECIE DE PODER DE ORQUESTACIÓN, QUE NUNCA DA UNA NOTA AISLADA Y ESTRIDENTE».

Y GARCÍA DE CASTRO EN SU PRODUCCIÓN «LOS APOLOGISTAS ESPAÑOLES», APUNTA: «BALMES TENDRÁ SIEMPRE RAZÓN CONTRA UNAMUNO, POR LO MISMO QUE AVANZA MÁS SEGURO EL QUE PISA EN SUELO FIRME QUE EL QUE HACE PIRUETAS EN EL ALERO DE UN TEJADO».

Y GANIVET, NO OBSTANTE SUS IDEAS, COMENTANDO LA OBRA TAN IMPARCIAL DE MENÉNDEZ Y PELAYO, HA DICHO: «ESCRITA ESTÁ LA «HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES» POR UN ESCRITOR DE ESPÍRITU TAN AMPLIO QUE HUBIERA SIDO CAPAZ DE HACER ESTRICTA JUSTICIA HASTA LOS HEREJES MÁS EMPEDERNIDOS».

HOY OFRECEMOS A NUESTROS AMIGOS ESTE ESTUDIO BREVE, SOMERO, DE BALMES. PARA CONMEMORAR EL 126 ANIVERSARIO DE SU NACIMIENTO PRONUNCIAMOS POR «INTER RADIO LAS PALMAS» ESTA CONFERENCIA. HOY SALE A LA CALLE. NO ESPERAMOS RECIBIR APLAUSOS. LA OBRA NO LO MERECE. ES MUY SENCILLA. SÓLO PRETENDEMOS CON ELLA ENTUSIASMAR A NUESTROS LECTORES CON LA FIGURA BALMESIANA. QUE LE ESTUDIEN, QUE SE COMPENETREN CON ÉL, QUE LE SIGAN PASO A PASO. CON BALMES APRENDERÁN A AMAR A ESTA ESPAÑA «MARTILLO DE HEREJES Y ESPADA DE ROMA», EN FRASE ACERTADA DEL GRAN MAESTRO MENÉNDEZ Y PELAYO.

J. CUERVO GONZÁLEZ.

LAS PALMAS, 25 DE SEPTIEMBRE DE 1936.

Balmes y la Juventud Estudiosa.

«De vuelta ya de una revolución, que ha sido un retorno al siglo XIX—ha escrito el Marqués de Lozoya—, la juventud española aspira a que sea la inteligencia la que muestra a la Nación el retorno a sus caminos históricos. Y hay, entre los universitarios, una sed saludable de conocer el pensamiento español en las páginas de los escritores que han sabido mejor condeusar las esencias tradicionales de España».

Unos de estos españoles que, hoy, la juventud estudiosa lee con tanto fervor, es el ilustre filósofo catalán Jaime Luciano Balmes. Porque Balmes, según frases acertadas de Menéndez y Pelayo, «comprendió mejor que nadie el pensamiento de su nación, lo tomó por lema, y toda su obra está encaminada a formularle en Religión, en filosofía, en política, en ciencias sociales». Sus escritos, «cuerpo de política española y católica, materia de inagotable estudio», han envejecido menos que los de Donoso Cortés. Los escritos balmesianos son más preferidos por la juventud española. Balmes está siendo comprendido.

A la juventud estudiosa nos corresponde en gran parte ésta reivindicación balmesiana. Distínguense, entre los jóvenes que han salido de las Universidades recientemente, José Cortés y Ernesto Laorden. Ha publicado, el primero, una erudita creación balmesiana; y el segundo ha hablado admirablemente en la «*Universidad Católica de Verano*» sobre «*El Magisterio político de Balmes*».

Nosotros nos proponemos estudiar, con brevedad, la insigne

figura balmesiana, en estas páginas. Daremos las opiniones diversas que han merecido las obras balmesianas. Al maestro Menéndez y Pelayo, «*alma mater*» de esta reivindicación, le concedemos, en todo la palabra. El maestro santanderino concedió a Balmes el lugar que le correspondía. Porque en Balmes se reúnen varias cualidades. Político, pero no un político vividor. Para el filósofo de Vich, la política será entendida de otra manera. No tengo mérito alguno—dijo el conde Montemolín— en defender a un príncipe en quien se personifica el sistema más conveniente a los intereses de mi país». ¡Tal era el concepto que le merecía la política! «Balmes—exclama Menéndez y Pelayo—no era de aquella casta de pensadores que embelecen en el puro intelectualismo, sino de aquellos otros que hacen descender la filosofía a las moradas de los hombres y ennoblecen el arte de gobernar, enlanzándole con los primeros principios».

Es nuestro autor filósofo. El que «ha pensado por cuenta propia en tiempo en que nadie pensaba ni por la suya ni por la ajena». El único filósofo que permaneció fiel a sus doctrinas, sin separarse ni un ápice, mientras en Francia, Italia, España, etc., la filosofía católica se dejaba influenciar por doctrinas no ortodoxas.

Es filósofo de la historia. El segundo Bossuet, se ha dicho de él muy acertadamente.

Es apologista insigne de la Iglesia. Mártir del amor al Papa Pío IX, cuya causa defendió.

Se reúnen en Balmes estas tres cualidades. En todas ellas brilla por igual. Vamos a examinarlas brevemente. Conmemoremos el «*126 aniversario de su nacimiento*» con el propósito decidido de estudiar las obras balmesianas. No nos olvidemos que Balmes, en frases de Pío IX, es «orgullo de la gente hispana».

El Político.

«El tradicionalismo—apunta el profesor Mingüijón—no es un

partido más, sino un sistema completo de civilización, que comprende desde la familia a las Cortes y desde el individuo al Estado. Su fuerza política ha de ser manifestación y consecuencia de su vitalidad social».

Balmes era tradicionalista. Defendía la causa tradicional católica. Propugnaba por el enlace de Isabel II con su primo el Conde de Montemolín. El Conde de Montemolín, en quien abdicó su padre, Carlos V, a petición de Balmes, significa la muerte del liberalismo, y, por consiguiente, el triunfo de la tradición. Balmes quiere este enlace para la unión de los carlistas con los isabelinos. Más aún: para aplastar la revolución tan extendida por las doctrinas liberales a lo largo del siglo XIX.

El manifiesto político que el conde Montemolín dirigió a los españoles, fué obra de Balmes. El filósofo catalán representaba los anhelos, el sentir de la auténtica España. El sistema político que Balmes defendía, no venía a ser un partido político más. Balmes, se ha escrito acertadamente, no era candidato que buscaba éxitos al día, sino un pensador que amaba a su patria y que generosamente escribía para ella. Porque Balmes no escribía para una ciudad, ni para una región, sino para toda la España de Isabel II, a la que aún se solía llamar, en monedas y documentos «Reina de las Españas», según ha escrito el Marqués de Lozoya.

Balmes y la Monarquía.

«Un Rey—ha escrito Pemán en sus *«Cartas a un Escéptico»* es el único que tiene derecho a mandar solo, porque él solo es el Rey». Y Santo Tomás de Aquino apunta: «La multitud se rige mejor por uno que por varios». Balmes interpreta así la monarquía. El quiere que el Rey sea Rey. Quiere que los ministros y partidos dependan del Rey, y no éste de aquellos. Para eso tildaba de «engendro nacido en las barricadas», a la monarquía caída en Francia en 1848 con Luis Felipe; y a la que Lafayette tildaba de «mo-

narquía popular rodeada de instituciones republicanas». A no querer esto tildar de «engendro» a la monarquía francesa, implica su repulsa más enérgica a todo régimen liberal, parlamentario, revolucionario. La Monarquía de Luis Felipe era idéntica a la monarquía de Isabel II y a todas las que posteriormente gobernaron a España.

El manifiesto del Conde Montemolín nos lo prueba. Balmes, como dijimos anteriormente, es el autor de este documento. «Mucho se ha hablado—escribe García de los Santos—del autor del manifiesto; los periódicos y los hombres de partidos creían ver en él el estilo de Balmes, ya que veían claramente expresados sus pensamiento sus principios políticos».

Se ha dicho que Balmes quería una monarquía absoluta. Esto es inexacto: «La palabra monárquico—escribe—no es para nosotros sinónimo de absolutista. Y añade: «Incluimos en el partido monárquico a todos los hombres que aman sinceramente la dignidad y el esplendor del trono, y que desean ver ejercida la autoridad Real de una manera bastante vigorosa y suave, para que ni necesite de las dictaduras militares, ni mendigue el apoyo de los bandos revolucionarios.»

«Al partido monárquico pertenecen los que, si bien desean ver rodeado al trono de instituciones representativas, no quieren interpretaciones revolucionarias con que se pueda desvirtuar el espíritu y la letra de las mejores constituciones.» Y léanse bien, muy bien estas palabras: «Al partido monárquico pertenecen los que concilian el deseo de un poder fuerte con el respeto a las personas, con la tolerancia a las opiniones ajenas y que ansíen por el momento en que, levantándose un gobierno bastante nacional para ser independiente de *miserables pandillas*, realice esos principios tutelares reclamados a un tiempo por la situación de España y por el espíritu que domina entre los pueblos civilizados.» Concretando este artículo, podemos decir: Balmes quiere la unión de todos los españoles auténticos, no revolucionarios, para implantar un trono robusto y fuerte. Para que el Rey no dependa de

los ministros y partidos—como decíamos al principio—sino éstos de él.

Valerse de nuestro autor, como ha hecho el escritor Ruiz y Manent, para defender, por ejemplo, la monarquía liberal y parlamentaria del 31 ó para combatir en nombre de Balmes la dictadura militar de Primo de Rivera, es un error, un gran disparate que es menester rectificar.

Para lograr el intento de Balmes, para rodear al trono de autoridad, es necesario salir de «*miserables pandillas*». Pero salir de ellas, sólo se logra aplastando la revolución.

La Constitución Balmesiana cabe en las dos caras de una moneda: el nombre del monarca por una cara y por la otra esta inscripción: «La Nación en cortes otorga los tributos e interviene en los negocios árdulos».

Balmes quiere cortes pero, que éstas no sean obtáculo para la labor del Rey. Que no intervengan sino en los negocios arduos y asesoren al Rey.

Queda pues visto que Balmes deseaba el enlace de Isabel II con el conde Montemolín, para aplastar la causa revolucionaria. Los liberales, y con ellos Doña Cristina, se comprometían a defender la causa liberal revolucionaria. El Conde Montemolín defendía la causa tradicional. Por esto, el intento de Balmes fracasó. Sus planes no se realizaron. El liberalismo había triunfado. Balmes, el Conde Montemolín, los monárquicos auténticos, los tradicionalistas, eran derrotados. Y Balmes abandona para siempre la política.

Espluyus prefiere más al Balmes filósofo, que al político. También lo preferimos nosotros. Gracias a él tenemos una moderna escuela de filosofía. El es—en frases de Menéndez y Pelayo—el precursor de la Escuela de Lovaina, obra grandiosa del ilustre Cardenal Mercier.

Veamos, con no menos brevedad, al insigne filósofo que «pensó por cuenta propia».

El Filósofo.

«¡Qué distinta hubiera sido nuestra suerte si el primer explorador científico de Alemania, el primer viajero filósofo que nos trajo noticias directas de las Universidades del Rhin, hubiera sido D. Jaime Balmes y no D. Julián Sanz de los Ríos». Con el primero hubiéramos tenido una moderna escuela de filosofía española, en la que el genio nacional, enriquecido con todo lo sano de otras partes, y trabajando con originalidad sobre su propio fondo, se hubiera incorporado a las corrientes europeas para volver a elaborar, como en sus mejores días, algo sustantivo y humano. Con el segundo caímos bajo el yugo de una secta lóbrega y estéril, servilmente adicta a la palabra de un sólo maestro, tan famoso entre nosotros como olvidado en su patria. «Estas palabras las pronunció nuestro Maestro Menéndez y Pelayo en el magnífico discurso que pronunció con motivo del «^{IER.} Centenario de su Nacimiento»

El gran Maestro santanderino se lamenta vivamente de no haber sido Balmes el primer explorador científico.

Balmes funda filosofía. Nos quiere prevenir del gran mal que nos amenaza. «No me lisonjeó de fundar en filosofía, pero me propongo—hace constar en el prólogo de su *Filosofía Fundamental*, examinar sus cuestiones fundamentales. Por eso llamo a la obra *Filosofía Fundamental*. Me ha impulsado a publicarla el deseo de contribuir a que los estudios de filosofía adquirieran mayor amplitud de la que tiene en la actualidad; y de prevenir en cuanto alcanzan mis débiles fuerzas, un grave peligro que nos amenaza: el de introducirse en una filosofía plagada de errores trascendentales».

«Pero ¿nos pusimos en guardia a escuchar sus palabras de alarma?—escribe el autor de «*Los intelectuales y la Iglesia*». ¿Atajamos con estudios serios y bien dirigidos las doctrinas perniciosas que por doquier se desparramaban? ¿Nos propusimos con-

tener el mal solamente con la abundancia del bien? Nada de eso. Dejamos actuar libremente a los enemigos de nuestra fé. La filosofía escolástica era ridiculizada por los mismos católicos. Estas asignaturas apenas se estudiaban en nuestros Centros Católicos.

Sanz de los Ríos se encarga de propagar las doctrinas de su maestro Krause. El profesor de filosofía de la «*Universidad Central*» reúne en torno suyo a los discípulos predilectos; y para lo cual, como acertadamente ha escrito el glorioso autor de «*Los Heterodoxos Españoles*» «tenía arte especial y diabólica». Castelar, de su cátedra de Historia, hace una tribuna política, mitinesca. Todos iban preparando, a los ojos de sus soberanos, los gérmenes de la revolución.

El P. Ugarte S. Y., en su producción: «*Acerca de la Filosofía de Balmes*», dice «que Balmes es el filósofo que hacía falta en el siglo XIX, y el que hace falta en el XX. Porque la filosofía balmesiana—son palabras del ilustre jesuíta—es profunda en el fondo, transparente en la forma e instructiva en sus aplicaciones». No nos olvidemos que «con él no hay peligro de extraviarse, porque tiene un grado eminente el don de la precisión y de la seguridad. No es el escritor elegante, pero sí macizo».

Balmes es el gran filósofo católico del siglo pasado. El único sabio internacional de nuestro siglo XIX. podemos decirlo sin miedo a error.

No podemos hacer aquí un estudio de la filosofía balmesiana. Balmes es filósofo católico. No se separa de la filosofía tradicional de la Iglesia. Cierto que se aleja de la filosofía tomista en ciertas cuestiones; pero en lo esencial, en la cuestión «madre», sigue al «*Angel de las Escuelas*», Santo Tomás de Aquino. Por eso Menéndez y Pelayo decía: «Balmes hizo más por el tomismo que muchos tomistas de profesión.»

«Balmes—apunta el autor de «*Ciencia Española*»—ha mirado frente a frente los sistemas de fuera, ha puesto mano en la restauración de la escolástica, llevada luego a dichoso término por otros pensadores, ha popularizado más que otro alguno las cien-

cias especulativas en España, haciéndolas gustar a innumerables gentes y desarrollando en ellas el germen de la curiosidad, punto de arranque para todo adelanto científico; ha fijado en un libro imperecedero las leyes de la lógica práctica, y ha vindicado a la Iglesia católica en sus relaciones con la civilización de los pueblos.»

¿Cabe más elogios al autor de «*El Criterio*»?

Balmes y Menéndez y Pelayo.

Los dos genios de la España contemporánea: Balmes y Menéndez y Pelayo están identificados por completo.

«España—escribe el Maestro santanderino—, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio..., esa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los Arévacos y de los Vectones, o los reyes de Taifas». Y Balmes, después de examinar la «*Historia Universal*» del francés Guizot, obtiene esta conclusión: «antes del protestantismo la civilización europea se habrá desarrollado tanto como era posible; el protestantismo torció el curso de esta civilización y produjo males de inmensas cuantías a las sociedades modernas; los adelantos que se han hecho después del protestantismo, no se han hecho por él, sino a pesar de él». Y en otra parte, en sus escritos políticos, escribe: «La Religión católica ha sido la única religión de los españoles, y bajo su principal y casi exclusiva influencia, se han formado nuestras costumbres, nuestras ideas, nuestros hábitos, nuestras leyes, en una palabra: *todo cuanto somos y todo cuanto tenemos*».

Los dos maestros de la España contemporánea están identificados. España está unida a su Cruz. «Esa es nuestra grandeza». «A ella le debemos todo cuanto somos y cuanto tenemos.»

El Filósofo de la Historia.

Balmes, se ha escrito acertadamente, es «un segundo Bossuet». Balmes, dijimos al principio, es filósofo de la Historia a imitación de San Agustín y el obispo de Meaux.

Su obra *«El protestantismo comparado con el Catolicismo»*, es verdadera filosofía de la historia.

«En el protestantismo—escribe su biógrafo García de los Santos—ha huído Balmes de toda discusión religiosa, de todas las pruebas sacadas de la verdad de la Religión y de las Escrituras; y en aquel conjunto de filosofía, de historia, de política, hay un buen curso de religión y moral. Esto es exclusivo de los grandes genios: conseguir tantos objetivos por un sólo medio.»

Mucho se habla en estos tiempos del «origen del poder», de las leyes justas e injustas, etc., etc. Quien lea esta obra «el mejor libro del siglo XIX», aprenderá muchas cosas interesantes. En los capítulos LIV, LV y LVI hace nuestro autor un estudio detallado de tan importante materia. «De pocas plumas—escribe el autor de *«El Derecho a la Rebelión»*, brotarán tanta luz para alumbrar éstas cuestiones como de la pluma de Balmes. En tres soberanos capítulos de su obra *«El Protestantismo comparado con el Catolicismo»*, explana maravillosamente los tres puntos cardinales del problema: la obediencia al Poder Civil, la resistencia a los poderes ilegítimos y la resistencia a la tiranía de los legítimos. Y es digno de atención—continúa el autor citado—que toda la finalidad del filósofo y del apologista, en estos tres capítulos, es vindicar a la Iglesia y a la doctrina católica de la calumnia de aquellos, que se atreven a presentarlas como favorecedora de la tiranía y opresora de la libertad de los pueblos.»

En uno de los capítulos citados, dice: «Voy a tratar—dice—si en algún caso puede ser lícito resistir a la potestad civil». Y más adelante, exclama: «Sabido es que el protestantismo procla-

mó desde un principio el derecho de insurrección contra las potestades civiles, y nadie ignora que el Catolicismo ha predicado siempre la obediencia a ella; por manera que, así como aquél fué desde su cuna un elemento de revolución y trastorno, así lo ha sido éste—el catolicismo—de tranquilidad y buen orden.

«¿Se debe obedecer a la potestad de civil cuando manda cosas que en sí son malas? No: ni se debe ni se puede, por la sencilla razón de que lo que en sí es malo, está prohibido por Dios; y antes se ha de obedecer a Dios que a los hombres.»

«Tal vez en ciertos momentos—sigue apuntando el insigne filósofo—será necesario prestarse a obedecer estas leyes, por razones de prudencia, es decir, por evitar escándalo o perturbación. Pero en este caso, le podemos decir al gobernante: «tus leyes no son leyes, sino violencias; no obligan en conciencia. Y, si en tal caso se te obedece, no es por obligación, es por prudencia, por evitar escándalo y perturbación; y con tal mengua paratí, que, lejos de gloriarte del triunfo, te asemejas al ladrón que roba al hombre pacífico la túnica, y a quién esté por espíritu de paz le entrega también la capa».

Como se ve claramente, Balmes sigue al «*Angel de la Escuela*».

Esta creación monumental de Balmes, y de la cual se puede decir—como del Maestro Fray Luis de Granada dijo Capmany—que el Altísimo anda por sus páginas como en el Universo, dando vida y animación a todas sus reflexiones y argumentos, según ha escrito el balmista prof. José María Ruano, iba encaminado a defender la obra de la Iglesia Católica. Balmes tenía que hacer ésto. Guizot, en su obra, pretendía arrebatar a la Iglesia su gran misión de *civilizadora de los pueblos*.

Balmes alza su voz. Y en torno a ella se forma un ambiente reivindicador para la Iglesia Católica. «¡Qué disolución tan extraordinaria sentiría—apunta el autor de «*Los Apologistas Españoles*»—cuando supieron que un sacerdote español bajaba a la arena y demostraba a la luz del sol que el individuo y la

sociedad nada debían al protestantismo, ni en lo social, ni en lo político, ni en lo religioso» Por eso Erasmo escribía: «Donde quiera que reina el luteranismo, perece la literatura». Y nuestro doctísimo Juan de Valera dice que en la Reforma hubo «más de retroceso que progreso, porque rompió la unidad primordial de la civilización europea, sembró el odio entre las naciones y exasperó la intolerancia y fanatismo». Pero esto no lo podía comprender M. Guizot porque debido a su fanatismo perdía de vista «muchos de los hilos con que se teje la rica urdimbre de la vida».

El Criterio.

No nos es posible hablar de su popular obra «*El Criterio*», «verdadera higiene del espíritu» en frases de Menéndez y Pelayo; y al sentir del Doctor Collell «es un arte de pensar bien, que incita a obrar con justa y atinada observación».

«*El Criterio*» hubiera sido más que suficiente para colocar a su autor en un lugar preferente. Y cuando pensamos que esta obra fué escrita del 1º de Octubre al 21 de Noviembre de 1843 lejos «del bullicio de las ciudades», muy apartado de toda clase libros, nos confirma más en nuestro amor al estudio de las obras balmesianas.

El Apologista.

La obra grandiosa de Balmes va toda encaminada a la defensa de la fé. Balmes es un sacerdote enamorado de su ministerio. «Balmes—ha escrito el autor de «*Balmes, apologista*», es el apóstol del siglo XIX, el apologista oportunísimo que diera Cristo a la Iglesia para sellar los labios blasfemos del racionalismo contemporáneo.»

De aquí, el que la obra de Balmes, exceptuando sus trabajos de matemáticas, vaya dirigida a la defensa de la Iglesia.

Nuestros lectores se habrán dado cuenta de este hecho. Con su «Pío IX» rinde su admiración entusiasta a la persona augusta del Vicario de Cristo. La obra de Balmes, sin embargo, fué interpretada de muy diferente modo. Nuestro autor «tuvo la virtud de concitar contra él todas las murmuraciones que secretamente corrían contra el Papa». Por eso, Pío IX—como indicábamos al principio—decía que Balmes «era orgullo de la gente hispana».

Los sepultureros

voluntarios.

A nuestro autor no le asustaban las dificultades que contra la Religión Católica lanzaban sus enemigos. Por eso escribía: «Las dificultades contra la Iglesia Católica, cuando se presentan muy graves, lejos de probar nada contra ella, encierran alguna prueba que le confirma más y más; el secreto para que ésta prueba se manifieste, es esforzar la dificultad misma y examinarla profundamente bajo todos los aspectos. El pecado original es un misterio, pero este misterio explica el mundo entero; la Encarnación es un misterio, pero este misterio explica la tradición del humano linaje; la fé está llena de misterio, pero ésta fé satisface una de las más grandes necesidades de la razón; la historia de la creación es un misterio, pero este misterio esclarece el caos, alumbrá el mundo, descifra la historia de la humanidad; todo el cristianismo es un conjunto de misterio, pero esos misterios se enlazan por ocultos senderos con todo lo que hay de profundo, de grande, de sublime, de tierno en el cielo y en la tierra; se enlazan con el individuo, con la familia, con la sociedad, con Dios, con el entendimiento, con el corazón, con la len-

gua, con la ciencia, con el arte».

El Catolicismo está en posesión de la verdad. Nuestra fé no teme al error. No cambia. No evoluciona. Es una a través de los siglos. Nadie como Cristo, su Fundador, ha podido exclamar ante la Historia: «*Yo soy la verdad*».

Un día, el apóstata Juliano le preguntó a un jóven cristiano: «¿qué hace vuestro Maestro, el Carpintero de Nazareth?» Y el jóven le contesta: «*Ataúdes para sus enemigos*». La contestación de este jóven cristiano se ha cumplido exactamente.

El 25 de Febrero de 1758 exclamaba Voltaire, en carta a su amigo D. Alembet: «¡Bonito papel hará Dios dentro de veinte años!» Y a los veinte años de escritas estas palabras, el 25 de Febrero de 1778, Voltaire moría sin ver cumplida su profecía.

Azcárate se atrevía a afirmar «Los caminos que van a Roma están desiertos». Comte decía: «La ciencia ha concedido a Dios el retiro y le ha acompañado hasta la frontera».

Todo es fruto de la impiedad. Los anhelos de los enemigos de Cristo es terminar con su obra. Por eso Dios ha resucitado siempre apologistas insignes que defiendan a su Iglesia perseguida. Balmes vivió en un siglo de indiferencia religiosa.

Por eso sus energías las tenía que emplear en defensa de su fé. Y esto fué lo que hizo nuestro gran apologista.

La apostasia de las masas.

Mucho se habla en estos días de la apostasia de las masas. En este año, en San Sebastián, se reunirán intelectuales de varias naciones para estudiar este importantísimo tema. Tomarán parte muy activa los ilustres Ramiro de Maeztu, autor de «*Defensa de Hispanidad*» y el dignísimo obispo de Canarias Doctor Pildaín. A este tema se le está dando toda la importancia que merece. Y, sin embargo, ¡qué bien lo estudia Balmes en sus obras! En su creación «*La Religión Demostrada*», apunta: «Abundan por desgra-

cia hombres superficiales que, hablando de lo que no entienden, toman por objeto predilecto de sus prácticas el combate a la religión». He aquí el tema: ¡La formación de conciencia!

El maestro Ramiro de Maeztu lo ha comprendido perfectamente. Es un magnífico discurso pronunciado recientemente; ha dicho: «Se habla mucho de la apostasía de las masas, y ésta no obedece solamente a que los patronos hayan dejado de cumplir la doctrina de la Iglesia. Obedece a la poca formación de las masas. Hay que convencerle—afirma—de la existencia del cielo.»

Hablando de este tema, escribíamos en cierta ocasión: «las masas no están con Cristo, porque no le conocen. Los prejuicios, los malos ejemplos de los católicos que crucifican a Cristo, diariamente, con su conducta, son la causa de esta apostasía. Las inteligencias cultivadas, las que piensan por cuenta propia, acuden al catolicismo. Y esto es verdad. Papini, Maeztu, Berdiaeff, Bergson y otros intelectuales de no menos valor, acuden al catolicismo. Y es, pue, el catolicismo con su Evangelio—según frases de Taine es hoy, después de veinte siglos, el mejor auxiliar del instinto social. Si queremos una España auténticamente católica, tendremos que comenzar por convencer a las masas de la «*existencia del cielo*». Y ha de existir en todos, en gobernantes y gobernados, esta fórmula de unión de Pío X: «*Un mismo pensar, un mismo querer, un mismo obrar*».

Conclusión.

Damos fin a esta charla. No hemos podido traer aquí algunas obras muy importantes. El tema balmesiano es inagotable. Por hoy nos conformamos. Con nuestro trabajo, breve, somero, tan sólo hemos pretendido dar a conocer a la juventud estudiosa, a la que pertenecemos, la labor tan profundamente católica y española de *Jaime Luciano Balmes y Urpia*.

En preparación.

Balmes: El Apologista=El Filósofo
El Político=Epílogo.